



EL PAISAJE Y ESENCIA VASCA

Bueno, yo en esto de la ecología tengo que recitar un poco el "confiteor", pues yo creo que hemos sido todos educados en un ambiente de no suficiente respeto a la naturaleza. Yo no puedo decir que desde niño he sido una persona que verdaderamente haya sentido por la naturaleza, por los árboles, por los animales, ese respeto más absoluto. No puedo presumir de esto. Si puedo decir que cuanto más pasan los años, más voy sintiéndolo.

Cuando he estado lejos de Euskadi, por ejemplo en América, sobre todo estos últimos años que he vivido en Euskadi Norte, y me iban llegando noticias de Euskadi-Sur, de que el paisaje está cambiando, de que la industrialización había afectado nuestro país... pues... yo sentía pena en mi propio cuerpo al pensar que me iban a cambiar el país. Decían también que los castaños iban desapareciendo, que se había introducido el pino, que había industrias por todas partes, que hasta el monte sabía a humo de fábricas. Sufría de pensar que los ríos estaban sucios, tan sucios, tan repugnantes, y yo me preguntaba, ¿estamos luchando por un pueblo que ya no va a ser el mismo, que no va a tener la belleza, la poesía que tenía?

Sin embargo por temperamento trato de espantar de mí todo lo que es pesimismo, todo lo que es tristeza, todo lo que es derrota..., porque yo me he convencido que no tenemos derecho a dejarnos llevar por el pesimismo. Por eso cuando yo llegué a mi país y ví el Gran Bilbao, con esas casas que se habían construido, con ese desorden tan absoluto y absurdo, y parte de los montes cubiertos con pinos me pareció un poco extraño, yo miraba los montes donde

estaba el castaño, el roble y no los encontraba con tanta facilidad, pero reconozco que enseguida me quise consolar, y me fuí a dar un paseo por un monte cubierto de pinos. Estaba solo, totalmente solo y entonces hice amistad con ellos y pensé: esto hay que compararlo con los emigrantes que llegan a nuestro país; yo soy muy amigo de los emigrantes que llegan. Por ejemplo, para mí el honor más grande que tuve en la candidatura de Alava, fue presentarme con un chico de 28 años que nació en Galicia, que vino a Euskadi cuando tenía 7 u 8 años y que ahora está preso en la cárcel de Soria donde está aprendiendo euskera. Estuvimos los dos en la cárcel de Nancles de Oca y cuando yo enfermé allí, fue el que más me ayudó. He conocido mucho a Enrique Gómez, alavés, de 22 años, lo mataron aquí en Bayona como ya os acordareis, me ha contado su vida, aquí en esta casa. Enrique hizo amistad con "Motriko", al que también mataron. "Motriko" le habló de su país, país al que Enrique había llegado, y le convenció poco a poco, que hasta se puso a dar clases de euskera. Un día, recién dadas las clases, oyó a un grupito de chicos de su edad, de 13 ó 14 años, que decían "mira el maketo, ¿a qué vendrá éste a aprender euskera?". Entonces él se fue a casa y se echó a llorar, pero reaccionó y siguió dando las clases. Un día su padre le dijo "mira Enrique, tengo que hablarte muy en serio. Eso está muy bien para tu amigo 'Motriko' y para otros por que son de aquí, son vascos, pero tú no lo eres y por lo tanto no te metas en estas cosas". Y él le contestó "Pero padre, uno tiene la patria que ama". La conoció, aprendió su lengua y murió por ella, asesinado.

Ahora bien, yo he sacado una conclusión, y creo que esto lo deberíamos pensar todos mucho. Hay una parte para el optimismo en nuestro país y es la siguiente: que se ha construido intensamente en poco terreno. Tú vas por ejemplo a Ermúa, Eibar o a Soralue y ¿que ves? ¿qué ves ahí? Un conglomerado incongruente y horroroso de casas, parece que no debe dar gusto vivir. Lo mismo en Rentería, pero tenemos la ventaja inmensa de que en 7 ó 10 minutos sales de ese conglomerado horroroso y estás en el monte. Esto en Europa no se da mucho, todo está mucho más ordenado, las casas tienen su jardincito, es una monada el vivir allí, pero campo a campo, naturaleza a naturaleza, quizás se encuentre más a gusto en nuestro país.

Si consideramos la arquitectura de nuestro país, por ejemplo Pasajes, Ondarroa, Motrico, etc., están completamente condensados, las calles son muy estrechas y hay vida, a mí me gustan los sitios donde hay vida.

Yo soy un enamorado de Euskadi, de Euskadi Norte. Por ejemplo yo he sido muchas veces a Europa y tengo unos recuerdos extraordinarios y tengo amigos buenísimos que hace mucho tiempo que no los veo; he hecho teatro con ellos; he estado con pastores, gente a los que quiero muchísimo. Bien, pues me pasa una cosa que cuando llego a un pueblecito vasco, con su iglesia, su cementerio al lado, con sus preciosos caseríos diseminados, siento tristeza, siento tristeza porque me sabe a teatro, y digo: esto se va, esto es precioso, pero a mí no me sirve porque esto se va, porque esto no es la vida, es la vida de ayer, pero no la de hoy y la de mañana y no es que sienta alegría sino más bien tristeza porque esto se va, porque me parece artificial.

Abí el problema estaría en encontrar una Euzkadi que a la vez permanezca agrícola y a la vez industrial.

Esta es la cuestión. Siempre que paseo por el campo o voy a un caserío, y veo que el hijo de la casa o los hijos de la casa